

PICARDIAS



una muchacha
de hielo

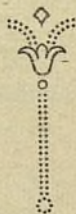
50CT

Edición de la Biblioteca Municipal de Madrid

UNA MUCHACHA DE HIELO



UNA MUCHACHA DE HIELO



PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

Una muchacha de hielo



INSENSIBILIDAD



Danie estaba desnuda.

Desnuda como el pensamiento de un niño, desnuda como una estatua galante, desnuda como una rosa en su rosal.

Su cuerpo, extendido sobre el sombrío terciopelo de un diván, iluminaba toda la clínica.

Estaba inmóvil completamente.

Se la hubiera creído muerta. Su pecho apenas si se elevaba. Su respiración era lenta. Sus ojos, verdes como las aguas profundas, contemplaban con indiferencia los gestos precisos del doctor.

El doctor Stanislas Strouskine, del Instituto de Varsovia, no era un practicante despreciable.

Alto, delgado, barbilampiño, serio y acompasado, iba y venía por la vasta pieza con una afectada pereza.

Sus brazos, calzados de guantes de caucho, parecían alargarse hacia los objetos, como si fueran extensibles. Sin que parecieran moverse, alcanzaban el instrumento médico necesario y lo colocaban a su alcance. Sin quitar la vista del cuadrante de fino hilo que encuadraba el cuerpo de Danie.

A su lado, una linda enfermera rubia y atenta ejecutaba las órdenes de su maestro.

Esta era una enfermera joven, una novicia. Aun no estaba acostumbrada a los espectáculos de la clínica. El ver a los clientes desnudos por completo le asustaba todavía. La esplendidez de las formas de Danie le impresionaba visiblemente.

—¿El dermóskopo?—preguntó el doctor.

La joven novicia dudó. Buscaba, movía raras cánulas de ebonita sin decidirse a elegir.

—¡Sonuska!—repitió severamente el doctor—. ¿En qué estáis pensando?...

Después pronunció algunas palabras en polonés, que hicieron subir al rostro de la rubia enfermera unos lindos rubores.

Con mano vacilante tendió al doctor, y tomándolo al azar, un objeto medical de celuloide.

—¿Os habéis vuelto loca?—exclamó Strouski-

ne—. Me dais el malaxómetro. ¡Os he pedido el dermóskopo!

Los castaños ojos de Sonuska reflejaron una infinita tristeza... Levantó hacia el maestro su lindo rostro contristado y murmuró con timidez:

—No sé de qué se trata...

—¡Es asombroso!—gritó el doctor—. ¿No lo sabe usted? ¿No conoce el dermóskopo? ¡Ahora mismo se lo voy a mostrar! El dermóskopo sirve para medir... la «sensibilidad» epidérmica. Id a esperarme al estudio y repasad vuestro manual. No puedo estar a expensas de una ignorante. ¡Id! ¡Id!

La rubia enfermera sabía por experiencia que el mal humor del doctor era algunas veces susceptible de pasar de las palabras amenazantes a los actos de la misma naturaleza, por lo que no hizo la menor objeción... y salió.

Sin embargo, tuvo el atrevimiento de volver el rostro y de dirigir a su maestro una mirada de desafío, pronunciando esta palabra:

—¡Nitchevo!

Strouskine bramó de indignación. Nitchevo quería decir: «A mí, plin.» Esta palabra polonesa le parecía tan irreverente, que cogió con gesto ordinario un pequeño látigo de montar y lo hizo silbar dos veces en el aire.

Pero el deber profesional le llamó cerca de su cliente.

Danie no se había movido.

No dormía tampoco. Parecía estar sin vida. Estaba extendida, inmóvil como una estatua de cera.

Dejaba que el sol acariciara con sus tonos cálidos su carnación de virgen casta. Ofrecía al examen del especialista su anatomía perfecta, hasta el punto que las moscas no se atrevían a posarse en ella, por miedo de manchar la nieve y las rosas ligeras esparcidas sobre la satinada epidermis.

El doctor Strouskine contemplaba a su cliente con atención. Sus lentes clavados como dos proyectiles sobre los salientes y los vallecitos de esta perspectiva de carne ondulada y maravillosa, exploraban, detallaban y sondeaban.

De vez en cuando un suspiro profundo y lento se escapaba del pecho del cirujano.

Los suspiros de los cirujanos son indicio de los combates carnales que se libran en el alma de estos terapéuticos, cuando el ejercicio de las funciones les obliga a delicados exámenes.

Ahora el diagnóstico de Strouskine no podía resolverse rápidamente, porque el caso de Danie era algo imprevisto.

—Veamos..., ayudadme, os lo ruego—acabó por decir el doctor—. Toda mi ciencia de neurópata no puede resolver a determinar, a priori, los reflejos paralizados de vuestra nerviosa economía. Estáis, al primer golpe de vista, admirablemente constituida. Vuestro cuerpo presenta una perfección de

líneas acabadas. No puedo encontrar en él ningún defecto..., ni uno solo..., al menos de este lado.

Un minuto de silencio interrumpió el monólogo doctoral. Los suspiros de Strouskine se acentuaron y el diván pareció gemir un poco.

—El otro lado es igualmente una revelación de arte—declaró el cirujano con voz extrañamente conmovida—. Sois, señora condesa, un instrumento hecho para ejecutar todas las gamas de la eterna sinfonía de la razón de este mundo, y que los poetas llaman «el amor».

—El amor—murmuró Danie sin parecer darle demasiada importancia a esta palabra musical y estremecedora—. ¿El amor habéis dicho, doctor?

—¡El amor!—repitió Strouskine—. El amor, señora, es una sensación vibratoria que experimentan los cuerpos femeninos, según parece, de una forma mucho más intensa que los hombres.

—Usted cree...—dijo la joven soliviantándose en su asiento para poder levantar sus hombros—. Si el amor me hubiera hecho experimentar una cuarta parte de las emociones de que habláis, yo no estaría aquí, doctor.

Strouskine se contentó con apoyar su mano enguantada sobre la frente de la paciente, a fin de reemplazar la posición horizontal necesaria para su diagnóstico.

—No os mováis, señora.

Strouskine tenía suspendido por un hilo de seda un curioso aparato ortopédico, que parecía una araña de largas patas moteadas y tenues.

Esto era el famoso dermóskopo que Sonuska, la joven enfermera, no conocía.

El cuerpo de la araña estaba formado por una especie de cuadrante convexo en cristal de roca, con una aguja oscilante, que daba vueltas libremente sobre un eje de diamante.

El cuadrante estaba dividido en grados como un manómetro.

Pero la singularidad del aparato la constituían las patas.

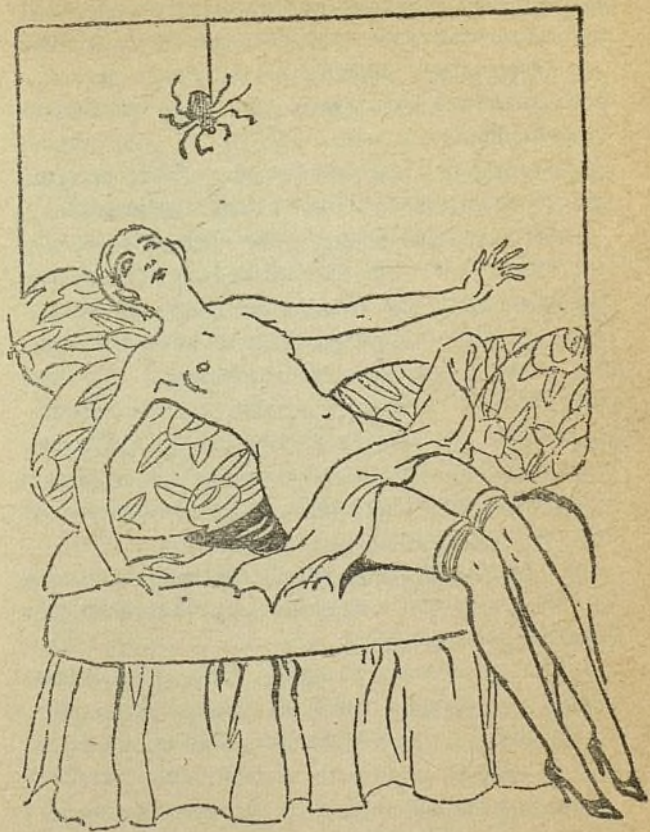
Estos ligeros tentáculos, sencillos como hilos de filigrana, vibraban y se convulsionaban al menor movimiento del hilo de seda que sostenía el cuerpo del insecto. Colocadas sobre la delicada epidermis, estas antenas debían determinar las reacciones nerviosas que el cuadrante registraba.

—Cerrad los ojos—ordenó el doctor Strauski-
ne—. No penséis en nada absolutamente. Permaneced inerte. Haced esfuerzos por conseguirlo. Por otra parte, el dermóskopo no causa ninguna molestia... ¡Al contrario!

Después, el silencio se hizo absoluto durante diez o doce minutos.

Lentamente, el doctor Strauskine paseaba por el cuerpo de Danie su araña registrañora.

Manejaba el dermóskopo de una manera sutil.



—¡Es prodigioso!—exclamó la muchacha—. (¡Vaya un bichito!)

Agitando con sacudidas imprevistas las patas finas que tintineaban sobre los rincones más voluptuosos de la carne, remontando las curvas llenas y descendiendo a los lugares donde se insinuaban cautelosamente.

Cosa extraña. Las patas de la araña se movían, pero la aguja del cuadrante continuaba inmóvil.

—Esto es prodigioso—gruñó Strauskine—. Es la primera vez en mi existencia de neurópata que encuentro entre mis clientes un sujeto tan refractario. Mi dermóskopo me hace el efecto de una foca tratando de conmover un tímpano... Un tímpano con medias de seda...—concluyó amablemente, dejando que erraran al azar los tentáculos del aparato sobre la prodigiosa armonía de sus piernas espléndidas, embutidas en la caricia sedosa de dos medias transparentes.

La risa de Danie se elevó, poblando la alcoba de notas puras como un ruido de perlas caídas sobre peldaños de cristal.

—La comparación es justa, doctor. En cuatro palabras ha definido usted mi temperamento. Soy un tímpano con medias de seda. Esa es la verdad pura y escueta.

Los grandes ojos verdes de la mujercita se habían puesto más sombríos. Una languidez repentina velaba su fulgor. Un recuerdo naufragaba en el fondo de aquellas aguas profundas y pérfidas.

El doctor descubrió de pronto todo el misterio de aquella emotividad pasional.

—Caso patológico muy raro, en efecto—dijo él—. Temo que los excitantes ordinarios no aporten ningún éxito en un caso como es el de su insensibilidad sensual. Se parece usted a uno de esos pianos mudos, desprovistos de sonidos, y en los que los virtuosos de la música practican para no perder su destreza.

Jugó maquinalmente dos o tres gamas con sus largos dedos de cirujano sobre el cuerpo desnudo de Danie... y se detuvo bruscamente.

Perdón—dijo—. Discúlpeme...

—¿Por qué?—preguntó Danie, sin manifestar ningún enojo por que los dedos del cirujano se hubiesen detenido en el punto donde lo habían hecho.

—Voy a decir dos palabras a Sonuska. Mi examen ha terminado. Vístase usted si lo desea. Volveré dentro de diez minutos.

Cuando se quedó sola, Danie se levantó para contemplarse en el espejo.

Su cuerpo esbelto se estiró dulcemente, alzando las puntas de los senos, modelados como dos copas preciosas, amplificando el ánfora de los muslos y haciendo mover la riqueza de una grupa de estatua, que se precisaba en el espejo una perfección de líneas turbadoras.

Las dos manos detrás de la nuca, Danie, com-

bada en una actitud provocativa, parecía desafiar a la voluptuosidad.

No se apresuraba a ponerse los vestidos, como acostumbraban a hacer los demás clientes después de la visita médica. Prefería dejar que en el cristal se reflejaran sus poses audaces.

Danie se entretuvo un instante, pasando revista al arsenal de sus seducciones.

Estaba orgullosa de ser bella. Se admiraba, sopesaba con las dos manos el valor de los dos bellos frutos carnosos, de su garganta de joven guerrera, y bajaron después sus palmas sobre el esplendor de las piernas que resonaron a las palmadas con un sonido que acreditó su dureza.

De pronto, unos ruidos curiosos se oyeron en el estudio adjunto a la clínica.

Strouskine y Sonuska mantenían juntos una conversación accidentada.

El sonido de una voz se elevó seguida de un fracaso de muebles caídos y de pisadas acaloradas.

Una persecución.

Después Danie percibió distintamente la queja de la rubia enfermera, que el doctor acababa de alcanzar.

Hubo algunos instantes de silencio interrumpidos por algunas protestas débiles.

Y súbitamente, clamores agudos, mezclados a palmadas rápidas que sonaban sobre una carne que

crepitaba fresca y alegre y que forzaron a la curiosa Danie a aproximarse a la pared delgada para oír el «film» sonoro que se estaba representando en el estudio vecino.

Esto duró bastante tiempo para que Danie hubiera podido ponerse los vestidos y hasta la correspondiente pinceladita de carmín en los labios.

Sonuska no gritaba ya como una gallina a la que desplumasen viva; sus protestas se habían hecho dulces, quejumbrosas y aumentaban progresivamente.

Evidentemente que una escena de otro género había sucedido a la primera operación.

Esta segunda operación debía agradar mucho a la rubia enfermera, porque Danie la oía algunas veces agitarse como una paloma amorosa.

Strouskine no pronunciaba palabra.

Pero no por eso estaba inactivo.

Fué entonces cuando Danie se apercibió de que la puerta del estudio estaba abierta.

Sin duda el doctor Strouskine lo había hecho a propósito para que su cliente pudiera escuchar... y darse cuenta. Era el tratamiento curativo de su insensibilidad sensual que empezaba.

Brutalmente sonó un grito prolongado.

Un grito por el cual Sonuska traducía al polaco sus sensaciones.

—¡Mamouchka! ¡Mamouchka!

Mamouchka debe querer decir «¡ay, mi madre!—pensó Danie.

—¿Por qué razón llamar en París a una persona que habita en Varsovia?

Eso es una cosa ridícula.

Sin dejar de escuchar, se había puesto el sombrero y los guantes. Nada le retenía ya en la clínica. Nada que no fuese el deseo de saber qué ordenanzas le prescribía el doctor para curar su caso de frialdad constitucional.

Pensaba, no sin inquietud, que había recurrido a media docena de especialistas sin obtener el menor éxito.

¿Se trataría de un caso incurable?

¿Debía continuar hasta la edad en que el deseo es muerte, siendo una mujer de hielo? ¿Un témpano con medias de seda y nada más?

La presencia de la rubia Sonuska que volvía a la habitación le sacó de sus meditaciones.

La enfermera se presentaba gozosa y toda ella rosada. Su pecho se agitaba todavía. Parecía haber experimentado emociones físicas y morales que la habían impresionado fuertemente.

—He aquí la prescripción del doctor Strouskine, señora. El doctor ha tenido que ausentarse para ir a ver un cliente. El telefonará mañana a la señora.

Luego agregó, bajando los ojos:

—Estoy encargada de asistir a la señora condesa en el cumplimiento del tratamiento prescrito.

—Que ha empezado hace un momento—interrumpió Danie sonriendo—. Ya lo he oído...

—¿Todo?

—Todo, señorita Sonuska. De todo me he podido dar perfecta cuenta.

Sonuska bajó el rostro, en el que las rosas ligeras se habían puesto un poco más encarnadas.

—Yo supliqué al doctor que cerrara la puerta—dijo—. Si yo hubiese supuesto que la señora escuchaba...

—¿Qué?

—No hubiese llamado a mi madre—contestó la rubia elevando hacia Danie dos ojos cargados de una perversidad tan aguda, que la joven se sintió casi turbada a pesar de su indiferencia orgánica.

—Su madre hubiera obrado muy cuerdamente acudiendo a su llamamiento para suministrarla un azote—proclamó Danie amenazando a Sonuska con el dedo.

La polaca hizo una pequeña mueca que la hizo cien veces más perversa aun.

—El doctor se ha encargado de ello—murmuró—. Es el procedimiento mnemotónico que suele emplear para encajarme plomo en la cabeza...

—¿La cabeza?—dijo Danie irónicamente.

—Es una forma de decirlo—replicó alegremente Sonuska, moviendo dos o tres veces dulcemente

las caderas, imitando a las agujas del cuadrante—. Hay mujeres que aman.

Un objeto blanco y ligero se deslizó entonces sobre las pantorrillas de la joven, llegando a formar sobre sus zapatitos de talones altos un pedestal de lencería.

—¡Oh, mi pantalón!—dijo Sonuska—. Perdona...

Y recogió rápidamente el pantaloncito, todo arrugado y hasta un poco desgarrado también.

—No hablemos más de eso. Esto se ha terminado... Vuestra cura sensual es mucho más importante que todos estos incidentes de clínica. Se trata de haceros vibrar, ¿no es eso?

—Debo advertiros—añadió Danie—que todas las tentativas hechas en ese sentido han sido totalmente inútiles.

—Veremos—dijo Sonuska—. El doctor Strouskine me ha autorizado a conducir a todos los «garajes» susceptibles de reanimar en usted el deseo amoroso, dormido por completo. Si lo consentís..., yo seré vuestro hombre.

—¿Eh?

—No os asustéis de estas palabras antes de comprender el verdadero sentido de ellas. Esto es una forma de decir... que yo he empleado... Eso es todo. No reparéis en mi vocabulario, y venid conmigo, querida.

—¿Y eso por qué?—preguntó Danie, molestán-

dose con aquella muñeca de clínica que quería hacerle... someterse a su influencia.

—¿Qué hacer? ¿Qué decís a esto, criatura? Es por curaros simplemente... ¡Oh, salgamos las dos! ¡Tú y yo! No es para reírse. Hay que despertar al gato que duerme.

UNA EXCURSIÓN FEMENINA

Aquella misma noche, Danie y Sonuska, alhajadas, escotadas, vestidas y empolvadas las dos se lanzaron a la ventura en busca de sensaciones.

Sonuska, que parecía haber perdido por completo aquel aire de timidez que experimentaba en presencia del doctor Strouskiné.

Era un diablillo rubio, rizado eléctricamente; un pequeño granuja polonés, cuyo acento hacía picantes todas las frases y que bajo el pretexto de que era eslava hablaba todos los idiomas de Europa en un francés extrañamente sabroso.

En un tres por dos se había aprendido todo el árbol genealógico de la condesa Danie. Sabía que su madre había muerto al darla a ella a luz, que su padre, ex coronel de los Spahis, la había llevado al convento de las Ursulinas de Marvejols, donde había cumplido los dieciocho años.

—¡Pobre prisionera! — murmuró Sonuska —
 ¡Qué largo te habrá parecido el tiempo en medio
 de ese rebaño de colegialas que parecen patitos
 blancos! ¿En qué pasabas el tiempo durante las
 largas noches de invierno?

—Leía, hacía ganchillo.

—¡Oh! Así no me extraña que tengas un tem-
 peramento bajo cero con una educación seme-
 jante. ¿Y del amor? ¿Qué hacíais?

—¡Allí no conocíamos el amor!

—¡Se comprende! —concluyó la polonesa—. Por
 fortuna, tu padre ha muerto antes de que tú te hu-
 bieras vuelto tonta. Vaya, vámonos al cine.

—¿A qué cine?

—Es una forma de hablar, querida; el cine es
 el término simbólico que emplean las mujeres ale-
 gres para designar los garajes de pasiones, donde
 las jóvenes de nuestro género quieren colocar al
 diablo en la benditera para procurarse el Paraíso.
 Tomemos un taxi; ya verás.

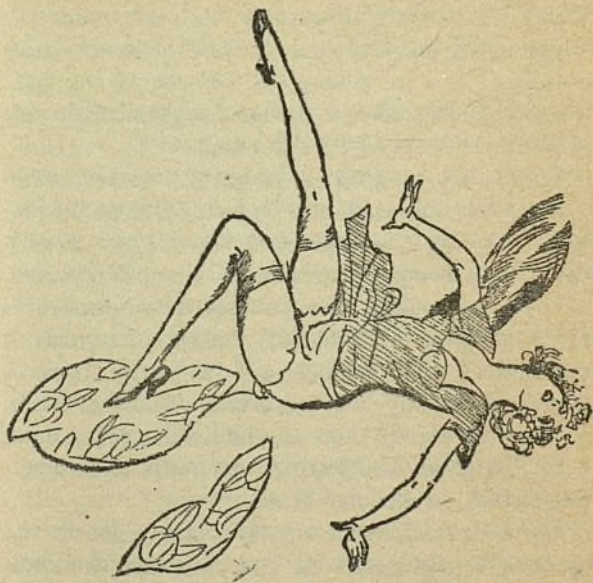
Cinco minutos después, las dos buscadoras de
 emociones llamaban a la puerta de un inmueble
 de la calle de Miromesnil.

—Este es un palacio como debe ser; muy bur-
 gués y de la mejor calidad y sociedad—aseguró
 Sonuska—. Danie, ahora vas a ver qué modales...

En efecto, el criado hizo entrar a las dos jó-
 veens con el gesto de un conde-duque.

—La señora de Enclos está ocupada en este

instante con un senador. Tened la bondad de esperarla en el salón de oro, mientras repasáis algunas revistas. Ahora mismo voy a avisar a la señora.



No había duda de que «aquello»
era una crisis nerviosa.

El salón de oro era una amplia habitación, provista de profundos divanes y de alfombras turcas de tal espesor que extendido sobre él parecía encontrarse uno en un mullido lecho. Espejos de

Venecia en las paredes y en el techo reflejaban en todos sentidos las imágenes de los visitantes.

Un olor espirituoso y perturbador llenaba la sala.

Los ángulos estaban adornados de admirables estatuas de perfectas formas y en unas poses tan voluptuosas, que Sonuska exclamó, mostrándoselas a Danie :

—¿Hablabas de una gimnasia sensual? Esto vale la pena de verse. ¿Te das cuenta?

Danie hizo un gesto indiferente y no respondió.

Pero Sonuska trató aún de hacerle notar las pinturas murales que representaban asuntos alegóricos, donde el amor representaba el papel principal.

—No se aburre uno en esta casa—replicó la joven polonesa—. Está muy bien representada la naturaleza; hay detalles que no dejan lugar a dudas. Todo muy bien observado y muy artístico.

Después explicó uno por uno todos los asuntos a su discípula. Las posturas amorosas. Las diversas formas de ejecutar el amor...

Danie la escuchaba sin la menor emoción. La pesadez de los perfumes que cargaban la atmósfera la hacían mover un tanto la cabeza. Se sentía invadida de una torpeza singular.

—¿En qué piensas?—preguntó Sonuska—. Parece como que te fuera a dar un desmayo. Ven a acostarte en el diván grande. Es el olor de las drogas el que te marea. Ven conmigo.

Condujo dulcemente a su compañera sobre los

cojines y se echó a su lado. Suavemente deshizo el lazo de la camiseta que la joven vestía, dejando paso al aire por la admirable garganta, descubriendo sus senos que mostraron las rosadas puntas como dos flores pequeñas sobre la dura nieve de la carne prieta. Dos senos magníficos, prometedores de placeres sin cuento.

—¡Belleza!—murmuró la polonesa con voz profunda—. Eres como el símbolo viviente de la voluptuosidad. ¡Qué pocas mujeres hay tan bien formadas como tú! ¡Qué líneas admirables! ¡Preciosa! No eres una estatua como para exponerte en una vitrina. Un cuerpo semejante es algo muy raro, algo muy exquisito a la vez.

La perfección de las piernas de Danie, prietas en sus largas medias de seda, llamó en seguida la atención de Sonuska.

—Es algo ridículo el estar tan bien formada y permanecer tan fría como un reloj de péndulo sobre una chimenea de salón—dijo—. Esta idea no se puede apartar de mi mente. Tienes en tu cuerpo todos los encantos precisos para vibrar y palpitir como una hermosa paloma enamorada. ¡Tus senos! ¡Tu vientre! ¡Tu magnífica pierna!... El corazón de una mujer sólo puede permanecer yerto hasta que encuentra una persona que le hace latir al impulso de una caricia.

Después fué detallando una vez más la belleza plástica de Danie. Todo le parecía perfecto, en

cada línea curva, en cada hueco encontraba base en que fijar un elogio.

Y como la necesidad de las confidencias era en ella una pasión, juzgó necesario añadir :

—Yo no he alcanzado aún la edad de la razón para gozar... de la vida. En la escuela, con la falda corta, y zapatitos, y los cabellos a la espalda, llamaba la atención de los muchachos y las bofetadas de mi familia. Te diré que no tenía el aire de haber sido fabricada en autobús por los abandonados del amor. Era una linda muchacha que conocía todos los trucos que se ocultan a las jovencitas. Muy avispada, como puedes figurarte, y me gustaba mezclarme en todas las cosas que no eran propias de mi edad.

Así fué como una tarde la maestra me hizo copiar cien veces : «Yo he hecho el oficio de la portera sin que nadie me lo haya ordenado.»

—¿Se trataba de un castigo, Sonuska?

—¡Sí, querida! Pero como yo había entendido mal, puse cien veces en el papel este pensamiento imprevisto : «Hè hecho de hijo de la portera sin que nadie me lo mandara.» Por otra parte, ésta era la verdad. El hijo de la portera era cazador en un palacio y yo velaba por él ; te darás cuenta de que no se trataba de un amor platónico...

—Pronto empezaste.

—Me sentía arrastrada—dijo Sonuska—. Sentía la necesidad de ser amada... Esta era mi vida.

Tú eres un iceberg, yo un volcán... ¡ Ah, el amor !
¡ El amor ! ¡ El amor ! El amor es mi pecado... El amor es mi vida... El amor...

De pronto un ruido estridente rasgó el silencio de la estancia. Sonuska, presa de una crisis nerviosa, se retorció sobre los cojines del diván. Se daba aire con los brazos rígidos y se agitaba sin pensar que su pudor polonés no estaba protegido más que por unos pantaloncitos del tamaño de un sello de Correos, unos pantaloncitos que si bastaban para ocultar algo, profundamente íntimo, en cambio dejaban al descubierto unos muslos blancos y macizos, unos espléndidos muslos de rubia.

Al ruido, una mujerona vestida de negro satín y adornada con brillantes falsos irrumpió en el salón de oro.

—¿ Otra vez? —exclamó—. A esta mujer, cuando se apasiona, le entran unas crisis de nervios escandalosas. Me temo que la van a oír desde la calle, pero yo me voy a encargar de evitarlo.

Los espejos de Venecia reflejaban las dulces redondeces de Sonuska. La dama vestida de negro satín se acercó a la polaca, levantó la mano y le proporcionó recias palmadas en el delicado nalgatorio.

—¡ Oh ! —exclamó la joven enfermera recobrando instantáneamente el dominio de sus nervios—. ¿ Quién es? ¿ Es usted, doctor?

—¡ Pícara ! —dijo sencillamente la dama vestida

de negro—. Si el doctor Strouskine estuviera aquí, seguramente que os hubiera vuelto a la realidad de una forma mucho más enérgica. ¿Es ésta una forma de comportarse debidamente, Sonuska? ¿Qué va a pensar vuestra cliente?

La polonesa se incorporó balbuceando algunas disculpas. Danie, un tanto sorprendida, miraba a la recién llegada. Esta le sonrió amablemente.

—Soy la señora de Enclos, propietaria de esta pensión de familia, para ofreceros mis servicios. El doctor Strouskine acaba de telefonearme y de explicarme vuestro caso. Espero, señora, que mi experiencia será suficiente para romper el sortilegio que os impide conocer las más bellas alegrías de la vida. ¿Está usted casada, señora?

—Con un conde de sesenta y cinco años. El conde Corsico.

—¡Eh! ¡Eh!—comentó la señora de Enclos—. ¡Es un buen informe! Los más experimentados sátiros no suelen ser siempre los más jóvenes. ¿Usted le amaba?

—¡No, qué va!—declaró Danie con toda franqueza.

—¿Cumpliría él al menos sus deberes de esposo?

—Yo no lo sé, señora... Yo tenía siempre las dos manos sobre los ojos y no pude nunca darme cuenta... Pero si algo importante pasó entre el conde Corsico y yo no debió serlo mucho, porque

en mi memoria no ha quedado ni siquiera recuerdo.

—La memoria de las jóvenes casadas tienen a menudo necesidad de sentirse impresionada para recordar bien—declaró la señora de Enclos con una intencionada sonrisa—. Yo creo que el conde Corsico no olvidó nunca este precepto. ¿Vive aún?

—No—dijo Danie—. Murió de repente a causa de una congestión cerebral, queriendo ponerme las medias de seda al día siguiente de nuestra unión.

—¡Pobre hombre!—murmuró madame de Enclos—. Así es que os dejó aún en ayunas y casi indocumentada. Después, ¿habéis tenido amantes?

—¡Por hacer lo que todas las mujeres de mundo! ¡Sí!

—¿Y qué?

—Pues ninguno de ellos—dijo sencillamente Danie—ha sabido hacerme vibrar. He permanecido siempre insensible a las experiencias pasionales...

—¿Es posible?

—Sí—dijo la joven tranquilamente—. Y eso que yo elegía siempre los tipos que parecían ser muy expertos en materias amorosas.

La señora de Enclos se quedó un instante pensativa. Examinaba a Danie de pies a cabeza, pellizcándose los delgados labios.

—Es extraño—murmuró.

Entonces, como obedeciendo a una inspirada idea, se creyó en el deber de desnudar a Danie con asombrosa celeridad.

Desataba, desnudaba con tal habilidad, que la joven quedó sin ropas antes de darse cuenta, mientras la señora de Enclos decía :

—¡ Conserve usted las medias de seda solamente!...

—¿Eh?—dijo de pronto Sonuska—. Vea usted si es admirable o no la muchacha... Pollitas como ésta debían ser seleccionadas para la mejoración de la especie. Ni una tacha que ponerle. Las caderas, los pechos, las piernas, todo, todo perfecto.

—¡ Es una maravilla!—declaró al fin la señora de Enclos después de un examen minucioso—. Señora condesa, sois digna de las más grandes aventuras amorosas.

—¡ Exageráis!—respondió Danie—. Yo no deseo ser una heroína de romance... Yo quisiera únicamente experimentar... Las... El... O bien... Las...

—El «disloque»—declaró la directora del garaje «El pequeño choque»—. Pues para experimentarlo no podéis estar preparada, querida condesa.

Se alejó unos pasos para contemplar mejor a la joven a través de sus impertinentes de concha y dijo después con voz meliflua :

—Sois algo mucho mejor que las más nombradas beldades : que la madona de los Insaciables o que la Damita de los Parteuzos.

Y guiñó el ojo a la joven con una sonrisa impregnada de mundanas perversidades, añadiendo :

- Yo podría indicaros algunos estimulantes clásicos empleados para hacer vibrar a las mujeres; pero los condimentos y las especias, las drogas y los medios mecánicos me parecen demasiado vulgares. La flagelación y las ortigas podrían también evidentemente proporcionar algunas modificaciones en vuestra indiferencia sensual. Pero siento repugnancia por los medios violentos. Una carne tan delicada como la vuestra no puede ser azotada más que por el látigo del deseo. Antes de emplear ningún otro medio, será necesario impresionar vuestra mente por espectáculos apropiados a la evocación del amor... ¿Queréis permanecer en ese diván y concentrar vuestra atención sobre las visiones hipersensuales que van a desfilan ante vuestra vista?... ¡Hep!

Y dió dos golpes con las manos. Los perfumes de que estaba saturado el ambiente del salón parecieron hacerse más intensos. Y de pronto, la oscuridad completa reinó en la habitación.

Sonuska la aprovechó para acercarse a Danie como una amorosa culebra.

—¡ Vas a ver el cine sonoro!—le dijo al oído.

Evidentemente, un lienzo luminoso se reflejó en las paredes. Una música voluptuosa se dejó oír.

Y Danie vió desfilan sobre el lienzo varias escenas tan admirablemente ejecutadas, que de pronto sintió interés por ellas...

Después de la primera pareja uniéndose en el

Paraíso a la sombra del Arbol de la Ciencia, hasta las «sorpresas partouzes» modernas. Estas proyecciones animadas desfilaban mostrando la serie de abrazos y la conjunción de los dos sexos.

Los amores célebres, impresionados por los ases y las «stars», formaban cuadros tan sugestivos, que Sonuska creyó desfallecer de nuevo.

—¡ Querida mía, querida mía!—murmuraba sin cesar al oído de Danie—. ¿Has reparado en todos esos detalles? Mira un poco a Salomón y la Sulamita; mira a Hércules y a su querida Onfalía; mira a Friné delante del aeroplano.

—Areópago—rectificó Danie.

—¡ No te preocupes por eso!... Mira el lienzo. No separes de él la vista, querida. Vale la pena. ¿Te das cuenta? ¡ Oh, Mesalina con su gigolo!... El radiador.

—¡ El gladiador!

—Yo ya me entiendo. No es la ortografía lo que me interesa. Es... ¡ Oh! Di, ¿crees que las lindas muchachas de estos tiempos están tan desarrolladas bajo el... sistema muscular? ¡ Cómo sobarían a las muñecas si se presentaran así en los dancings!

De pronto, la joven pareció asociarse a las escenas de pasión que se presentaban tan reales ante su vista. Creyó no poder resistir más.

—Esto me encoge el corazón... y el resto—exclamó—. Si permanezco más aquí, acabaré por vol-

verm loca. Zut, ¿qué vamos a ver ahora?... ¿Negros?

—¿Te molesta eso?

—Al contrario—dijo Sonuska—. Un negro vale lo menos por dos blancos, tratándose de su desarrollo... intelectual. ¡Oh, querida! Me emociona la visión del arte... ¿Cómo se llama ese cuadro?

—Otelo estrangulando a Desdémona—dijo la señora de Enclos.

—¡Debe ser algo delicioso estrangular a una mujer de esa forma!—dijo burlonamente la rubia enfermera—. Con gusto sufriría yo la misma suerte dos o tres veces por semana. Bueno. Ahora el parque de los ciervos..., y Luis XV al levantar... el populacho de Francia con su cordón azul a guisa de collar; y ahora madame de Recamier en el diván de Chateaubriand; y ahora Georges Sand y Alfred, el padre de Mimí Pinson, y la Paiva desnuda como la cubierta de una lámpara en medio de cien guardias del emperador, y Antinoo haciendo disecar a los amantes en la postura del éxtasis, y el sátiro Rasputin en medio de las grandes duquesas y teniendo entre sus dos manos el cetro de la Rusia, que le servía de cebo cuando quería bendecir a las pollitas.

Enlazaba a Danie con sus dos brazos, buscaba su boca, se desmayaba casi, cerrando los ojos y vibrando con todo su cuerpo de estatua galante.

—¿No te da vergüenza de entregarte a tal esta-

do ante las imágenes?—preguntó la condesa riendo.

—A ti no te conmueve nada, iceberg. Eres de madera. De celuloide. ¡Qué bien representas al témpano en medias de seda!—dijo cólerica la joven polonesa.

—¡Eh!—se oyó decir a la «Madona de los Partouzes»—. Aquí tenemos una imagen comparada que permitirá a la señora condesa una sorpresa sensacional en la partida del financiero Kantaga.

Luego dió algunos detalles.

—Kantaga Bey era el director del Banco del Kurdistan. Era seis veces millonario y estaba en la plenitud de la edad. Era un turco elegante, distinguido, con unos admirables ojos en los que brillaba un destello de ferocidad atenuada por sus pestañas asombrosamente largas.

—Es un hombre de la mejor sociedad—terminó diciendo la señora de Enclos—. Todas las mujeres se le hubieran rendido si no hubiera sido víctima de una desastrosa enfermedad que le privaba en la tierra de las alegrías del paraíso de Mahoma.

—Eso es lo que estoy viendo ahí—dijo Sonuska—. Yo conocí un sargento polonés que estaba calvo de la misma enfermedad por el estallido de un obús... Ahora...

—Usted no sabe de qué se trata—rectificó la señora de los Partouzes—. Kantaga no estaba calvo; ¡al contrario! Padece una exageración y nada de ablandamientos. Esta anomalía le hace muy tímido



Un vestido... Bueno; un desnudo... ¡Estaba guapa de verdad!

y por ello sufre cruelmente de lo que un escritor de talento ha llamado el martirio del obeso.

—¡Obeso como es!... ¡Obeso como se puede ser!—entonó la impenitente Sonuska—. ¿Dónde vive vuestro fenómeno?

—En la Avenida del Bosque de Bolonia. Posee un inmenso hotel, muy interesante para el que lo visita. Esta noche se celebra una fiesta en él de trajes y de máscaras, de la que seguramente hablarán todos los periódicos del gran mundo...

—Yo creo que la señora condesa encontrará allí estimulantes aprovechables para su estado de espíritu. Voy a prepararle un vestido de Témpano que hará salir a Kantaga de su «splen».

—¿Y yo?—preguntó Sonuska—. ¿Cómo me vestiré para acompañar al Témpano? ¿De foca?

—De esquimal—propuso Danie.

—¡Eso está bien!—rugió la linda rubia—. Me encajo en un «maillot» plateado, que brillará como la piel húmeda, y me balancearé sobre un platillo para hacerme... violar en los entreactos.

KANTAGA EL MAGNÍFICO

Hacia media noche, las dos amigas bajaban de una suntuosa limousine ante el hotel de Kantaga.

Toda la calle estaba ocupada por entonces por una enorme fila de carruajes de gran lujo.

La circulación se hallaba muy bien ordenada, aunque ante la puerta del millonario se estacionaba una multitud compacta.

Reflectores de gran potencia iluminaban la Avenida del Bosque hasta la Estrella. Se veía como si fuera de día, y los espectadores, que formaban en hilera, admiraban los vestidos sensacionales de los invitados que iban entrando en el palacio.

La llegada de Danie, disfrazada de Témpano, escoltada por un esquimal, obtuvo un gran éxito.

—¡Qué torpes!—exclamó Sonuska—. No han visto nunca nada. ¿Qué dirían si pudieran adivinar el verdadero sentido de todo esto?

Un suizo, o más bien un turco gigantesco, armado de yatagán y de adamasquinadas pistolas, se inclinó ante las dos jóvenes.

—Anunciad: «El témpano en medias de seda» —dijo la polonesa—. Y no temáis gritar demasiado a fin de que los bailarines se vuelvan.

El turco no respondió. El traje de la condesa Danie le parecía admirablemente sensual.

La hermosa llevaba en sus cabellos un enorme diamante que representaba un iceberg, un collar de perlas, medias de seda blanca, sujetas con unas ligas cuajadas de diamantes, y una aurora boreal, colocada en el lugar de la salvaguardia de las conveniencias», completaba el disfraz.

Su maravillosa desnudez, apenas velada por una redecilla de níveas perlas, componía el resto del traje. Este disfraz le sentaba a maravilla. No era fácil encontrar en ella el menor defecto anatómico que pudiese ser comentado por las señoras. Era una estatua de mármol, de nieve y de hielo que se presentaba en la fiesta. Era Venus, Afrodita; era Diana, Friné. Era la voluptuosidad simbolizada por una plasticidad tan impecable que los músicos de «jazz» interrumpieron bruscamente las sinfonías sincopadas.

—¡Eh! —silbó Sonuska al oído de Danie—. ¡No te parece que tienen ya cargada la vista!

Se olvida decir que su disfraz de esquimal llamaba también mucho la atención.

Su lindo cuerpo, bien modelado, se adivinaba en sus menores detalles bajo el fino tejido de seda plateada. La verdad que ella no tenía la suntuosa escultura de Danie; pero era muy atractiva a simple vista. Miraban con gran respeto todo lo que rodeaba al Témpaño. Desde su entrada en el salón, manos sinuosas comenzaron su trabajo de aproximación que arrancaron a la joven furibundas protestas.

—¡Qué cochinos!—dijo a Danie en voz alta—. Tengo ya los... llenos de cardenales, y no hemos hecho más que llegar. ¡Eh!, ¿pero otra vez? ¡Cuando hayáis terminado de tomar mi trasero por una margarita, ya podréis hacer un ramillete!...

Se oyeron grandes carcajadas, que llamaron la atención del dueño de la casa, el señor Kantaga.

El banquero estaba vestido de pachá: de pachá de las mil y una noches. Su traje, cubierto de pedrería, daba una idea aproximada de la riqueza de un nabab.

Pero al verse rodeado de aquel lujo inusitado, el financiero miraba a las mujeres con una especie de dolorosa timidez, evitando las miradas y las sonrisas como un pudibundo cazurro.

Sin embargo, el aspecto del «Témpaño en medias de seda» le arrancó de sus íntimas preocupaciones.

—Señora—dijo con una voz muy queda y bien timbrada—, sed bien venida a mis salones. Es us-

ted la sorpresa de la Partouzé. No he contemplado nunca unas formas tan espléndidamente puras, y si estuviéramos en Kurdistán haría toda clase de locuras por hacer de usted la sultana de mi harén.

Al mismo tiempo, los ojos le brillaban con un lenguaje tan apasionado que Danie sintió no tener un velo espeso con que cubrir su desnudez ante la concupiscencia del pachá.

Instintivamente se amuralló en la amable personita de Sonuska.

Esta miró al financiero con tal picardía, que Kantaga perdió sus estribos a pesar de su acostumbrada sangre fría.

—Señora..., sois igualmente encantadora—se creyó en el deber de añadir.

Pero de pronto, Sonuska dió rienda suelta a su parlanchinería.

—No os creáis obligado a comprarme—dijo—. Yo no soy un horror, naturalmente; pero soy un cinco caballos al lado de un Hispano de gran lujo. Por eso es mucho más fácil conducirlo...—concluyó intencionadamente.

El pachá echó una mirada de conecedor a la linda esquimal.

—¡ Perla rubia !—murmuró en un lenguaje oriental, poéticamente imaginado—. ¡ Perla imperforada !
Esta vez Sonuska soltó una carcajada que dejó

al descubierto sus lindos dientes de gata enamorada.

—No exageréis, grueso pachá, y no me abruméis con nombres de pájaros que no son a propósito en lo más mínimo a mi temperamento de artista.

—Es la verdad.

—Sí, mi lindo gordito—continuó la pícara rubia, moviendo sus curvadas caderas—. Las perlas imperforadas y yo son alhajas que se diferencian muy poco tratándose de anatomía. ¡Se puede cerciorar!—dijo sinuosamente al oído del pachá.

Kantaga se congestionó de pronto de tal forma que las dos jóvenes creyeron que iba a sufrir un accidente.

—¿Qué tenéis?—preguntó Danie—. ¿Sufrís?

—Venid a tomar algo al ambigú y aprovecharemos esta ocasión para conocernos mejor—dijo la linda polonesa—. Vamos; dad el brazo al Témpano.

El banquero obedeció con un marcado azoramiento.

Formaban él y Danie una pareja tan decorativa, que los invitados se paraban para verlos pasar.

Sonuska les precedía.

Ahuecaba la voz para obligar a los bailarines a hacer paso y empleaba un lenguaje muy nuevo y atrayente.

El financiero no se cansaba de oírla y de admirarla.

—Vuestra amiga es muy atractiva—dijo a Dannie—. Haría pecar a un eunuco. ¡Qué encantadora muchacha! Oíd lo que está diciendo.

—¡Gentleman!—exclamaba, en efecto, Sonuska, engrosando su voz de soprano—. Quiero llamar especialmente vuestra atención sobre la gallina y el gallo fuera de serie a quienes precedo en estos salones. Notad la pureza de detalles, el lujo y la perfección exquisita de formas del «Témpano en medias de seda», haciendo esfuerzos por deshelarse un poco al calor comunicativo de los banqueros.

Una frenética ovación saludó al esquimal. Kantaga rompió sus guantes.

—Os felicito, señorita—dijo instalando a las dos amigas en un salón discreto y blando como un nido—. La verdad que poseéis el talento de la ocurrencia, que...

—¡Oh, poco más o menos como usted! Espero, príncipe mío...—interrumpió la endiablada muchacha, mirando al oriental con seguridad desconcertante.

Este se sintió turbado. Los ojos de Sonuska parecían plantearle una cuestión tan indiscreta que balbuceó:

—¿Qué queréis decir, señorita?

—Dos cosas—insinuó Sonuska—. Un cuento de

las mil y una noches que me recuerda esta fiesta oriental... ¿Conocéis la historia del pachá Kananker y del pachá Kananplán?...

—¡ Sonuska!—imploró Danie—. Contén al menos tu lengua antes de decir una tontería.

—Como ésta—murmuró la enfermera, haciendo saltar el carrillo derecho con una fluxión muy pícaro y en un gesto muy montmartrés.

Esta vez Kantaga no pudo más; se lanzó sobre Sonuska y la abrazó cinco o seis veces, a pesar de su heroica defensa.

—¡ Picarona!—murmuró entre uno y otro abrazo—. Vais a ver; vais a ver; ahora veréis.

—Bueno—acabó por decir el esquimal—. Si es el cine lo que he de ver..., se podrían apagar todas las luces .

Pestañeaba y miraba al pachá de una forma tan perversa y libertina que Danie la gritó :

—¡ Estás mereciendo el látigo, Sonuska!

—Es posible—confirmó el financiero, mientras sus ojos se animaban con un resplandor y una dulzura felina...

—Bueno—dijo la polonesa—; regalo de príncipe vuestra idea; pero yo os dejaré obrar muy a gusto cuando esté segura de que el cuadro va a impresionar a la señora Témpano, mi amiga.

Luego contó a Kantaga, con toda clase de detalles fisiológicos, el caso de frigidez carnal que afligía a Danie.

—El doctor Strouskine cree que, impresionando la moral, se revela a menudo lo físico. ¿No tenéis en vuestra casa algunas amigas susceptibles de acosquillar la moral de la condesa?

—Yo haré todo lo posible por conseguirlo—dijo lentamente el pachá—. Por desgracia, la mano de Aiah se ha posado sobre mí de tal forma que no me atrevo a proponerme para esta especial resurrección.

Suspiró, mientras una extraña melancolía se fijaba en sus facciones. Las palabras indiscretas de Sonuska habían, sin duda alguna, revelado la íntima pena que procuraba ocultar. De pronto, se estremeció; la manita de Sonuska le tocaba la rodilla por debajo de la mesa.

—No hagáis caso...—murmuraba la linda enfermera.

Y con un movimiento de simpatía buscaba la mano del pachá y la oprimía con un gesto de tierna conmiseración.

El loco estruendo del «jaz», que sacudía con sus tumultuosas notas la locura de los bailarines y bailarinas, le impidió oír el grito apasionado del nabab

Kantaga vibraba como un resorte dormido largo tiempo; había cogido la mano de Sonuska y la aprisionaba.

—¡ Ahora mismo !—balbuceó—. ¡ En seguida de la bacanal ! ¡ Mi alma ! ¡ Sirena mía !

Y sujetaba el brazo desnudo de la joven, llenándolo de besos cada vez más ardientes, que fueron a detenerse precisamente sobre la fina piel de la axila...

—¡Eh!—suspiró la hurí—. Me hacéis cosquillas Me vais a hacer dar gritos... ¡Eh; esto es una idiotez!—terminó al fin—. Hay mirones que se van a dar cuenta.

—A mí que me importa—gruñó Kantaga—. ¡Di que sí; di que sí, querida mía!

—Yo no puedo abandonar a mi amiga—dijo Soniska mostrando a Danie, que miraba toda aquella eescena con su sangre fría habitual—. Y no puedo permitirlos nada antes del deshielo del Témpano.

—Entonces—exclamó el nabab—, nosotros conseguiremos el deshielo de vuestra amiga. Lo conseguiremos, cueste lo que cueste.

Sonó un timbre. En el cuadro de la puerta apareció un mameluco erizado de puñales. Su señor le habló al oído y luego añadió:

—Esclavo, trae champán, éter y nieve para deshacer el témpano; pero a toda prisa.

—Comprendido—dijo el criado—. Vuestra alteza será obedecido...—e inclinándose repetidas veces, replicó—: Y la nieve pondrá a la hurí blanca en estado de contemplar a Alah. ¡Sobre su cabeza la luminaria de la paz!

—¡Qué gracioso es vuestro negro!—exclamó

Sonuska—. Muy divertido. Con esos saludos de esclavo... Pero ¿qué sucede en el *hall*?

Un enorme estruendo había sacudido la quietud del acolchado salón. Se oían gritos de mujeres dominando el tumulto. La orquesta de negros ejecutaba los acordes de un «one-step». Y una zarabanda furiosa de calaveras a medios pelos y bebedoras casi desnudas ya, invadían las escaleras gritando y soplando el aire de las lamparillas:

«¡El Témpano, el Témpano!»

Aquellos gritos turbaron un tanto la impasibilidad de Danie. Su vestido no la protegía contra las acometidas impúdicas. Instintivamente se envolvió en los pliegues de un portier.

Pero el mameluco estaba de vuelta, cargado de botellas y de vasos. El banquero preparó un *cocktail* con minuciosos cuidados.

—Bebed—dijo a Danie.

—Es delicioso—declaró Sonuska—. Se siente una transportada a un nirvana.

Sobre los platos había una serie de drogas desconocidas para las jóvenes. Daschisch, daturá y de mostacillas de cantáridas. Sin darse cuenta, Danie se atrevió a gustar aquellos peligrosos excitantes.

—Tomad también nieve—dijo el esquimal—. Hay que ponerse un poco a tono.

Sin embargo, ella procuró no decir nada a Danie del verdadero nombre de la «nieve» y de las

propiedades peligrosas de aquel condimento pasional.

La condesa bebía, gustaba, reía y gozaba con Kantaga, que le observaba sonriente.

El ruido de la bacanal iba en aumento. Los enloquecidos concurrentes invadían ya todo el departamento.

En aquel instante, Danie, sin saber por qué, esetalló en carcajadas frenéticas.

En pie, con los brazos cruzados detrás de su toca cuajada de diamantes, reía sin tino, sin motivo alguno, como si una alegría inesperada le hubiese invadido de repente.

—¡ Ya empieza a hacerle efecto! —murmuró el banquero.

—De todas formas, será mejor no gastarle bromas... —dijo Sonuska tímidamente—. Di a Danie que se calle. Danie... cierra la boca... Danie...

No pudo terminar; aprisionada estrechamente en los brazos del nabab, que la arrastraba hacia una puerta disimulada tras las colgaduras, mientras murmuraba a su oído:

—¡ No pensemos más que en nosotros, mi perla rubia! ¡ Lo que tiene que suceder, sucederá! Inch Alah.

Desnuda, y de pie como un ídolo, el «Témpano en medias de seda» continuaba en sus carcajadas.

UNA ORGÍA GALANTE

Con razón se hablaba en todas partes de las «Sorpresas Partouzes» de Kantaga el Magnífico.

Todo el inmueble de la Avenida del Bosque estaba con tal motivo engalanado como un teatro de feria.

Las paredes, los divanes, las sillas y hasta los cojines y alfombras eran otros tantos lazos tendidos contra la virtud de los imprudentes que se arriesgaban a ir al palacio.

Había pesadas butacas acolchadas de sencillo cuero que daban de pronto vuelta, como los sillones de los dentistas, y aprisionaban los brazos de las mujeres por ingeniosos resortes que hacían imposible toda resistencia.

Abundaban las trampas disimuladas que engulían hasta las axilas a las elegantes invitadas, que se asustaban al sentir sus encantos expuestos a

la contemplación de amantes desconocidos, cuyas risas y apreciaciones burlonas aumentaban su turbación.

Otras víctimas sentían cómo desaparecía el suelo bajo sus pies; las alfombras les conducían hacia un plano inclinado, sobre el que rodaban, exhibiendo a la galería las perspectivas más imprevistas, según era la postura de la caída; o bien una escalera ingeniosa, que de pronto movía sus tramos en opuestas direcciones, como cuando sacude un perro sus pulgas.

Y las encantadoras mujeres de vida alegre, agarradas al pasamano saltaban y hacían cabriolas, procurando escaparse de aquella endemoniada escalera que las obligaba a mostrar su pudibunda carne y la lujosa lencería de sus combinaciones.

Cuando menos lo esperaban, ventiladores disimulados en forma de escopetas levantaban un torbellino que alzaban las finas faldas de las invitadas, sin cesar en este inocente juego, que los espejos, diestramente colocados, permitían contemplar desde todas partes.

Algunas veces, un brazo de caucho extensible, surgía de entre las plantas del jardín, insinuándose entre las medias de seda de las bailarinas, y una mano finamente articulada, subía hasta el último punto de la indiscreción, haciendo rugir y gritar a las lindas víctimas de aquella imprevista Inquisición. Los toisones rubios y los negros

toisones hacían estremecerse a las damiselas al recibir aquel inesperado contacto.

Todos los rincones estaban preparados para las emboscadas libertinas. Las risas se sucedían sin tregua, ahogando los gritos histéricos de las torturadas, las que, una vez libres, procuraban exponer a sus amigas a las pruebas que acababan ellas de sufrir.

Pronto una ola de impudor iba apoderándose de aquella brillante muchedumbre, que a cada instante se hacía más y más extravagante y desordenada.

Al ver a Danie aturdida y delirante, riendo con risa de demente, completamente rígida y con los brazos levantados como una desatinada bacante, en un segundo creció la efervescencia de los jurguistas.

Pero a este segundo de silencio sucedió un tumulto de gritos.

—¡ El Témpano !... ¡ Para nosotros el bello Témpano en medias de seda !

Un grupo de caballeros y de muñecas mojadas y zarandeadas por la ducha y las encerronas, invadió la escalera, llegando hasta donde Danie lucía el triunfo de sus senos prietos, de las curvas magníficas de sus caderas, de toda la gloria carnal sin una sola tacha que era su precioso cuerpo femenino.

Danie les vió acercarse sin cambiar de postura.

Una sensación alucinante invadía sus sentidos y le hacía vivir un sueño turbador.

Veía, en deformada perspectiva, el *hall*, que le parecía oscilante como un castillo borracho.

Los sonidos del «jazz» resonaban aumentados y martilleaban su mente hasta el extremo de dejarla vacía de pensamientos.

Extasiada, miraba las luces de las lámparas eléctricas multiplicarse hasta el infinito, abriendo ante ella una perspectiva incandescente que la atraía como una luciérnaga.

Le parecía que su cuerpo se aligeraba, se aligeraba como un copo de plumas. Le parecía que volaba. Abandonaba el suelo en una maravillosa ascensión. Con los ojos invadidos de infinito éxtasis, se abandonaba como una ahogada. Zozobrababa en un nirvana inconsciente.

Y de pronto se sintió transportada en un brutal torbellino que la sacó de su sopor. Estaba en manos de los libertinos de la «Partouze». Levantada por veinte brazos, empujada en todos sentidos, pellizcada, manoseada, palpada y sumida en las audaces brutalidades de una banda de gigolos borrachos. Tuvo conciencia de que estaba corriendo un peligro real.

—¡Dejadme, por favor; dejadme!—gimió—.
¡Es odioso, es abominable!

No le respondieron más que carcajadas estre-

pitosas. Se debatía furiosa, arañaba, mordía en su angustia impotente.

Danie no consiguió más que aumentar el loco furor de los hombres y la curiosidad perversa de las mujeres, que una despertada, no se saciaba sin que algo extraño ocurriese a la preciosa criatura de carnes más rosadas, más firmes y más nítidas que las de las demás asistentes. Cogida por múltiples manos, se sintió lanzada en el aire, y luego fué recogida como una muñeca inerte por otro grupo enloquecido.

Dejó escapar un agudo grito. Se vió a merced de todos. Se sentía sometida a la ultrajante curiosidad. Experimentó sobre su carne mortificantes contactos que se le antojaron repugnantes. Las perlas blancas de su collar, su diadema y sus pendientes, hacía tiempo que habían desaparecido, rotos o pisados en la sala. Sus medias de seda, maltrechas, en algunos sitios dejaban al descubierto borrones de carne. Pronto se encontró completamente desnuda. Desnuda como Eva antes del pecado, sollozaba, ocultando su figura con los brazos extendidos, en medio de los sarcasmos y las pullas de la multitud. Y era como una apoteosis sensual, como una victoria de la lujuria de los hombres...

Toda su impasibilidad había cedido ante el insulto de aquellos ojos que la detallaban a placer. Lágrimas de vergüenza le impedían ver los audaces gestos de los sátiros que la rodeaban. Pero ex-

perimentaba el desagrado de ser burlada por anónimos besos, toda su desnudez entregada completamente a aquellos elegantes brutos, cuyas manos eran como tentáculos, cuyas bocas eran como ventosas, en el deseo de palpar y de besuquear el cuerpo perfecto, en un delirio que no se podía calmar, porque todos no podían llegar a ella.

Por un momento creyó que su suplicio había terminado. Buscaban al banquero Kantaga, que había desaparecido de la fiesta. No se ocuparon ya del Témpano.

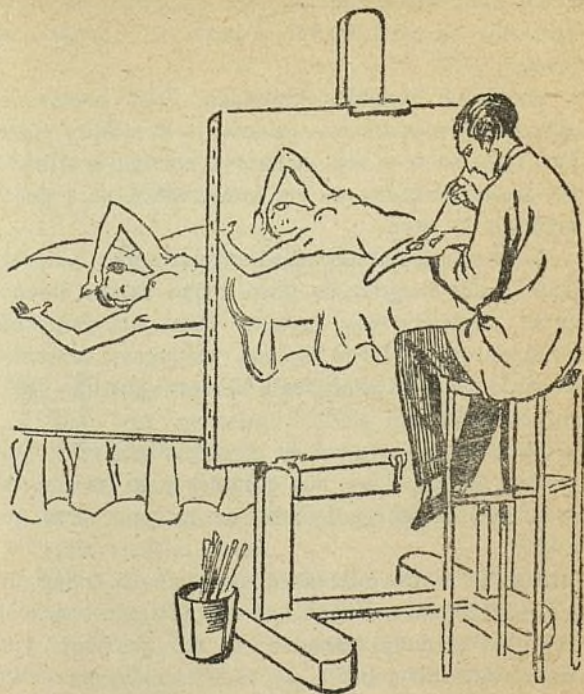
Danie pudo arrancar una colgadura y envolverse en ella con toda rapidez. Esperaba poderse escapar sin decir nada. Pero las mujeres, que vieron su maniobra, quisieron vengar la superioridad carnal que sobre ellas tenía la muchacha y dieron la voz de alarma, señalándola con el dedo.

Se improvisó una cacería en el *hall* y en las escaleras. Como una fiera enjaulada, Danie corría asustada. Llegó a una ventana y saltó, dejando su velo protector enganchado a un saliente del balcón.

Cayó en un bosquecillo del jardín; corrió hacia la verja y se encontró en la calle.

Pero un vocerío le acogió allí. Las gentes del pueblo, paradas por curiosidad ante el hotel del banquero, comentaban desfavorablemente la orgía galante, cuyo estruendo llegaba hasta ellos.

Un joven gritó :



No había que darse prisa. Mejor se hacen la cosas con calma...

—¡Desnuda completamente! ¡Vaya unas costumbritas! ¿A dónde vamos a parar?...

—¡Será preciso avivar a estas criaturas!—insinuó cautelosamente una harpía.

La proposición fué oída por un grupo de mirones, que se apresuraron a cortar la retirada a la joven.

Estallaron innobles risotadas. Diez brazos vigorosos se prepararon a sujetar a la infeliz, mientras que cinco o seis comadres corrían a armarse de ramas delgadas de los bosquecillos para poner manos a la obra.

Asustada, Danie luchaba enérgicamente. La perspectiva del vergonzoso trato a que estaba amenazada, duplicaba sus fuerzas. Pero sus esfuerzos aumentaron el furor de sus verdugos, contentos de poder vengar la ofensa a la moral por una libertina sanción.

La joven se revolvió de pronto. Finas varas golpeaban sus espaldas, sus costados y su trasero. Se retorció con rabia, dejando escapar un largo gemido.

Por fin sintió que las manos que la tenían sujeta se aflojaban. Luego oyó una voz que ordenaba algo que no pudo entender; se oyó un choque violento, una lucha brutal, y notó el esfuerzo de un abrazo que la elevaba... Y se abandonó..., inconsciente a todo, indiferente y desvanecida.

EL AMOR LLEGÓ A SU TIEMPO

No os mováis. Es preciso un poco de calma, señorita. Habéis padecido una crisis cerebral. Pero gracias a Dios, todo peligro ha desaparecido.

La voz que le hablaba estaba llena de encanto, y Danie abrió los ojos.

Pudo darse cuenta de que se hallaba acostada en un lecho bajo, en medio de una alta sala llena de cristales y de telas pintadas, de caballetes y de todas las fantasías que adornan el estudio de un artista.

Inclinado hacia ella, un vigoroso muchacho contemplaba su sueño.

Danie lo observó a través de sus pestañas y pudo darse cuenta de que tenía unos rasgos enérgicos; pero los ojos llenos de ese cálido dulzor que conmueve siempre a las mujeres.

Contenta por el examen, abrió por completo los ojos y sonrió.

—¡Vaya, esto marcha muy bien!—dijo el joven—. Hoy no se trata de una alucinación como la otra noche..., y recupera la vida perdida.

—¡Me ha salvado usted, señor!—murmuró Danie—. Gracias...

—¡No habléis! Quedad aún echada. Voy a contaros vuestra historia. Usted fué maltratada la otra noche por esos brutos. Felizmente, yo me encontraba en la «Partouze». Pude asistir a la orgía y la seguí a usted en su fuga. Pude llegar a tiempo para sacarla de las manos de las harpías, que comenzaban a golpearla cruelmente. Pude cogerla desvanecida y transportarla a mi estudio. Como ignoraba su domicilio y no la conocía más que por el nombre que la daban todos esos idiotas, es decir, el «Témpano en medias de seda»...

—Me llamo Danie—dijo la joven—. ¿Y usted?

—Maurice Loredan, pintor, y muy contento de expresar a usted, señora, toda la entusiasta admiración que siento por su belleza. No ha posado ante mí nunca un modelo tan perfecto que haya podido representar la estatua de la Voluptuosidad de una forma más impresionante.

Y con un gesto mostró el gran lienzo sobre el que un esquema empezado representaba, en efecto, el cuerpo de una joven dormida.

He aprovechado el estado de insensibilidad en

que estaba para conservar el recuerdo de su paso por mi estudio. Si he sido indiscreto, romperé esa tela...

Y permanecía turbado ante la mirada de descontento de Danie.

La joven sonrió.

—No puedo molestarte con un hombre que me ha salvado la vida—dijo—. Este esquema está muy bien.

—A medias—murmuró Loredan—. Sería preciso poder terminarlo... Pero...

La condesa le tendió la mano :

—¿Quiere usted llevarme a mi casa y volver mañana con su tela y sus pinceles?

El artista dió un grito de alegría.

—¿Entonces consiente usted?

—Puede ser — murmuró Danie —. Tengo una idea.

.....

Cinco días más tarde, la idea de Danie colmaba los deseos de Loredan. Danie había rogado al artista que la pintara para el próximo Salón en su traje de «Témpano».

Encantado, el artista se puso en seguida al trabajo. Y Danie posó ante él horas enteras, como la más complaciente de las modelos.

Permanecía inmóvil como una divinidad, feliz de sentirse envuelta en la adoración de Loredan,

que la contemplaba sin atreverse a expresar el sentimiento apasionado que experimentaba por ella.

«El Témpano en medias de seda» no estaba acos-tumbrada al éxtasis mudo de sus adoradores. La discrección del joven le encantaba.

También ella se sentía conmovida. La mirada de Loredan la acariciaba completamente. Su indife-rencia sensual iba desapareciendo poco a poco, y un deseo extraño hacía brillar sus ojos y colorear sus mejillas. Hubiera deseado menos respeto por parte de Loredan. Y sin embargo, le amaba por su tímida actitud.

Entonces se decidió a avivar con un gesto o una sonrisa el deseo sensual que veía brillar algunas veces en los ojos del pintor.

Pero cuando miraba a Loredan, contenía su ins-tintivo deseo y Danie sufría la indecisión que la hacía padecer como a una amante.

El amor comenzaba su sinuosa obra.

Pronto le fué imposible pasar un día sin ver a Loredan, y a Loredan le era imposible estar sin disfrutar de la presencia de Danie.

El cuadro estaba terminado. Pero siempre ha-bía algún retoque que hacer que necesitaba una nueva pose.

La fecha del Salón se acercaba. El pintor y la modelo no tenían ya pretextos para prolongar sus entrevistas.

La víspera del barnizado, Loredan encontró a

Danie extendida en el diván, en la pose del «Témpano».

La joven le alargaba la mano.

—Tenemos que separarnos, Danie—murmuró el artista, depositando un beso en los finos dedos de su modelo.

La manita se estrechó contra los labios del joven.

—Maurice...—murmuró Danie.

Era la primera vez que llamaba así a Loredan.

Había en sus verdes ojos tanta languidez, que el artista no vaciló y se lanzó a ella enloquecido.

—Ahora sé por qué no soy lo mismo que otras mujeres—murmuró Danie.

—¡Usted es más bella y más deseable, querida mía!

—¡Maurice!—repitió una vez más el «Témpano»—. ¡Ah, Maurice! ¡Mi maestro..., mi amor..., mi...

Y terminó dando un agudo grito... de agradecimiento apasionado. Había nacido en ella una mujer nueva. Una mujer sacudida por los reflejos sensuales y que vibraba entre los brazos del amante que había elegido...

Y ella fué la más voluptuosa de las queridas que el joven había tenido en sus brazos.

Hasta la noche, el diván experimentó inusitadas agitaciones, y se hubiera podido tomar un film sonoro que reprodujera los ligeros gritos de pla-

cer que salieron de los labios de Danie cuando los besos del amante no sofocaban su boca, convertida en la más sensual y la más apasionada.

La joven, que había procurado inútilmente vencer su apatía con refinamientos sexuales, había encontrado el gran estremecimiento dejando que la voluptuosidad se apoderara de ella simplemente.

Estaba todavía tremante entre los brazos de Maurice cuando una visita inesperada fué a turbar el despertar de su fiebre sensuatoria.

—Soy yo... No os molestéis—dijo una voz conocida.

Y era Sonuska. Elegantísima, alhajadísima y vestida a la última moda.

—Amiguitos — dijo la polonesa —, continuad vuestros trabajos de cultura física. Estoy encantada viendo cómo su amigo ha hallado el medio de convertirla de un témpano en un volcán. Los felicito y me marcho, porque yo también he encontrado mi filón...

—¿Qué filón?

—Me he casado con Kantaga, el banquero—explicó la rubia enfermera—. He dejado plantado al doctor y me marcho con mi marido al Kurdistán para gobernar a los curdas.

—A los curdos—rectificó Loredan.

—No se preocupe por la ortografía y vuelva a los brazos de Danie. Hasta la vista...

Se deslizó fuera del salón, mientras que Da-

nie y Loredan, la boca del uno en la boca de la otra, se olvidaban de todas las cosas del mundo.

Es con un beso fotogénico con lo que debe terminar toda novela moderna.

F I N

LEA USTED

EL TEATRO
~ ~ MODERNO ~ ~

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN
EXITO DE LOS MEJO-
~ RES AUTORES ~

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS